

cap-
tigu
Gor
cipi
pero
terre
peras
Di
chue
de aj
la Ni
Ver
por n
está l
tempé
nas se
en 3 c
colecio
niquir
de su
de la
Martin
Verd
Nicarag
ocupa
nas de
4 otro.
quitos,
Dios. Si
poblacio
de Santi

de Vera
gua cerono en pequeño río a 340 leguas de distancia a
la capital de la República, es la capital de esta provincia.
Fin.

LECCIONES

DE LA
INFANCIA,

12

COLECCION DE EJEMPLOS PROPIOS PARA
FORMAR EL CORAZON DE LOS NIÑOS.

*Extractados para servir de ejercicios
de lectura en las escuelas
primarias.*

POR
SIMON DE LAVALLE.



11-28

CARTAJENA, 26 DE FEBRERO DE 1843.

Imprenta de Antonio Labiosa.

F-1593

BNC Fondo Pineda 28

Fondo Pineda 28 (12)

12
Mariano de Lavallo

La educacion, propiamente hablando, no es otra cosa que la moral i la religion inculcadas á la juventud i hechas familiares desde la edad mas tierna, i al descuido en esta parte deben atribuirse los males que aflijen la sociedad; porque, como nos lo asegura el Espiritu Santo, el joven que ha tomado un mal camino, cuando viejo no se apartará de él.

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BOGOTA

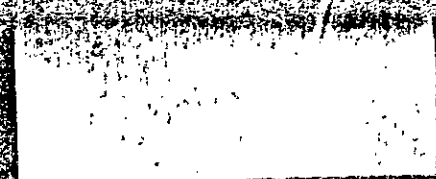
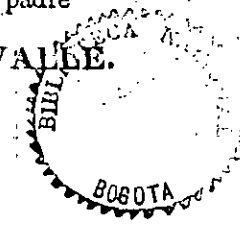
DEDICATORIA

A MARIANO DE LAVALLE.

Mi querido hijo. Persuadido de que no hai tesoro mas precioso que una buena educacion, i no siéndome posible legarte otra fortuna, porque á tal estado me han reducido varias circunstancias particulares i las jenerales del pais en que has visto la primera luz; todo mi anhelo será cultivar las buenas disposiciones con que hasta ahora ha bendecido el Señor los primeros años de tu vida. Como una prueba de ello, te dedico este librito propio para tu edad, i dispuesto de tal modo que á la vez te instruya i te divierta. Grava en tu corazon las saludables ideas que estos cuentos contienen i acuérdate siempre que al extractarlos solo pensaba en tí i en tus hermanos.

Tu amante padre

SIMON DE LAVALLE.



La educacion.

Dos señoras tenian un hijo cada una que educaban mui diversamente. La una condescendiente en extremo, colmaba al suyo de regalos i caricias. Dulces, juguetes i vestidos de lujo se le daban todos los días a Leandro, que este era el nombre del señorito. El otro se llamaba Victor, i estaba educado severamente en la apariencia, pero sin embargo, su mamá lo quería con una ternura verdadera.

Leandro tenía siempre montones de dulces que devoraba a todas horas i juguetes que rompía solo por hacer mal o para que le comprasen otros. No iba a la escuela cuando no quería i todo se le antojaba a destiempo. No se ponía mas zapatos que los nuevos, i tiraba los viejos a la cara de los criados, si por descuido se los presentaban. I que re-

13

BOSOTA

sultó? Sucedió, pues, que con este desarreglo se enfermó del estómago. La dentadura se le pudrió de comer tantos dulces i siempre estaba resfriado. Se volvió lloron, melancólico i muy tonto. Era ya grande i no sabía leer ni escribir, i cuando le faltaron sus padres, como no estaba acostumbrado a trabajar, se entregó a todo género de vicios i murió joven i pobre.

Victor, habituado a las privaciones, no jugaba sino para desplegar sus fuerzas. Comía cosas sanas i a sus horas, i se levantaba apenas era de día. No tenía caprichos ni mal humor; en fin era franco diligente i bueno. Dotado de juicio i de salud, se aplicó a los estudios i fué la delicia i felicidad de sus padres, i el modelo de sus iguales. Cuando estubo grande, nunca dejó de ser trabajador, sincero, justo i benéfico; porque este es el fruto de la buena educacion.

LECCION 2

El buen padre

Negocios importantes detenían a un padre de familia en la ciudad, mientras su esposa é hijos vivían lejos de él en una casita en el campo. En cierta ocasion, les remitió una gran caja llena de lindas cosas, con una carta que decía. "Queridos hijos míos: sed siempre buenos i piadosos, i yo procuraré que os reunais conmigo pronto. Alegraos, pues, que todavía os reservo bastantes regalos en la casa que os tengo preparada."

¡Que bueno es nuestro papá! ¡Cuantos gustos nos proporciona! exclamaron los hijos llenos de alegría. Le amamos tanto, que aunque no podemos verle, tenemos el mayor cuidado de no darle el menor pesar. Debemos darle el gusto que nos pide en su carta. ¡Que placer será para nosotros ver algun día a tan buen padre!

Amados hijos míos, decía la madre; así como vuestro excelente padre nunca os olvida, así Dios siempre lleno de bondad vela por los hombres i quiere que observen sus preceptos. Es verdad que no lo vemos, aunque recibimos de él inmensos beneficios, i por eso no conocemos bien su amor. El sol, la luna, las flores, los frutos i todas las producciones de la tierra vienen de sus manos.

En la Santa Escritura, que es lo mismo que si dijésemos una carta por la cual nos manifiesta su voluntad, nos promete recibirnos un día en el cielo. Allí es donde nos guarda los dones mas magníficos i frutos mucho mas preciosos que los que podemos gozar en la tierra. Amemos á Dios de todo corazón, hijos míos, i no hagamos mas que su voluntad, para que cuando le lleguemos á ver sea nuestra alegría inesplicable.

Hagamos siempre nuestra felicidad amando á un Dios de amor i de bondad.

En un lugar de Irlanda había un labrador que con su mujer i tres hijos de tierna edad, sufrían todas las desgracias que trae consigo la miseria, por hallarse gravemente enfermos. El cura, que era un sacerdote muy caritativo, se llevó un día á su casa las tres criaturas con el objeto de vestir las de nuevo, porque se hallaban casi desnudas; i como estaban los pobrecitos llenos de frío, el piadoso cura los colocó al rededor del fuego, i les hizo dar á cada uno un gran pedazo de pan. Los dos mayores lo comieron sin hablar palabra i con buen apetito; pero el menor que tenía seis años i medio, miró su parte con un semblante muy placentero i se la guardó intacta. ¿Porque no comes? le dijo el cura. No señor, yo guardo esto para mis padres que están enfermos, respondió el

niño. Come hijo mío, que yo mandaré á tus padres lo que necesiten. No, no, no comeré: yo quiero llevarles este pedazo de pan; porque en todo hoy no han comido nada: ¡diciendo esto se le bañaron los ojos de lágrimas á la pobre criatura. Tus padres, pobrecito, no carecerán de nada; pero come ¡créeme, porque tu debes tener hambre. Oh! si señor, verdad es que tengo hambre; pero mis padres tienen mas que yo. Pues bien, replicó el buen cura; toma, aquí tienes mas comida que tu mismo les llevarás; pero quiero que comas lo que te he dado. No señor, no comeré nada sin que haya llevado el todo á mis padres; ¡así se volvió á su casa sin haber tocado su pedazo de pan. El cura quedó tan encantado del buen corazón de aquel niño, que cuidó mucho de sus padres, hasta que restablecidos de su salud pudieron trabajar para mantenerse.

LECCION

Los budines.

Federico, i Adolfo eran pupilos en un colejio de Pensilvania. Con motivo de año nuevo, los padres de Federico le enviaron varios regalitos i un hermoso budin de leche, i otro igual recibió Adolfo.

Era Federico de un caracter mezquino, i así es que luego que recibió el budin lo guardó en su cuarto á donde iba de cuando en cuando á cortar un pedazo para comérselo sin dar nada á los otros niños. Adolfo, al contrario, luego que recibió el suyo, llamó á sus condiscipulos, repartió con ellos gran parte del budin, tomó el mismo un pedacito, i el resto lo dió de limosna á un pobre ciego que llegaba todos los días al colejio á implorar el socorro de las almas caritativas.

Como Federico no pudo comerse su budin en aquel día, lo guardó para el

siguiente; pero cuando fué á cortar un pedazo antes de almuerzo, lo encontró corrompido. Corrió á buscar á los otros niños, que los mas habían recibido regalitos de sus casas, para que le dieran dulces; á lo que le contestaban que fuera á comer de su budin que tenía guardado; i cuando supieron que se le había podrido se divertieron mucho con el caso; mas nunca le dieron de sus dulces. Por el contrario, todos querian partir sus cositas con Adolfo, el cual á escondidas le daba de su parte á Federico aconsejándole que fuese mas franco en lo sucesivo.

Los consejos de Adolfo i el chasco del budin, contribuyeron mucho á que Federico se enmendase, i con el tiempo llegó á ser un buen muchacho.



LECCION 5

La mosca.

Para que fin habrá Dios criado las moscas? En verdad que semejantes insectos no son de ningun modo útiles al hombre, i solo sirven para causarasco pasando de los lugares mas sucios á los mas sabrosos manjares que se priva uno de comer por esta causa. Así hablaba Emilio con su mamá, que le contestó: cierto es, hijo mío, que los niños delicados dejan de comer por una mosca que le caiga en el plato aunque, si se fuera á reparar en estas frioleras, pocos son los alimentos en donde no haya motivos de sospechar que existen cosas tanto ó mas asquerosas que aquel insecto. Por lo demas cuando Dios los ha criado, para algo servirán; pues su infinita sabiduría nada ha hecho que no sea con algun fin bueno i útil.

No tardó mucho en convencerse de es-

to el jóven Emilio. Estaba sentado una tarde á la sombra de un hermoso arbol estudiando sus lecciones é insensiblemente se quedó dormido. Una mosca lo molestaba picándole en la cara hasta que lo despertó, i cuando iba á prorrumpir otra vez en quejas contra este insecto, reparó una culebra que colgaba del arbol i le hubiera caido encima si la mosca no lo hubiese despertado.

Huyó inmediatamente de aquel lugar, i bendijo el poder de Dios que lo había salvado del peligro por medio del mismo animalito á quien tanto había aborrecido hasta entonces.

LECCION 6ª

La cartera.

Nada le incomodaba tanto á Juanito, que era mui apasionado por los juegos propios de su edad, como sus libros i la cartera en que los llevaba.

Un día al tomarla para ir á su escuela decía: mueble incómodo, feo, fastidioso, i pesado; que poco te parece canastico que contiene mi almuerzo....

¡Oh! que invencion tan tonta! En verdad que no se como hiciera para salir de ti.

Ud. disparata, mi querido amo, le dijo la pobre cartera: si soi pesada es porque Ud. me llena de libros, tinteros i lápices; grandes pedazos de pan, frutas i juguetes. ¿Como quiere Ud. que sea lijera, ni que tenga buena figura? Ponga Ud. en órden sus cuadernos, no lleve Ud. á la escuela mas que los libros necesarios, no me cargue Ud. de comida ni juguetes, i de este modo le pareceré á Ud. lo mas lindo de cuanto tiene.

Así lo hizo Juanito, i desde entonces sus libros se conservaron mas aseados, i la cartera no le pareció tan fea ni tan pesada.

LECCION 7^a.

Las flores.

En una hermosa mañana de primavera, estaba paseándose la niña Emilia á lo largo de un jardín que había cerca del pueblo, i se divertía cojiendo flores para hacer un ramillete, cuando vió á la inmediación de un matorral, multitud de violetas. Enajenada de alegría, se puso á cojerlas sin reflexion. Hija mía, le gritaba un labrador viejo, sepárate de ahí que hai muchas culebras. La niña se llenó de miedo i se apartó un momento; pero no pudiendo vencer su deseo de cojer aquellas flores, esperó á que el viejo se fuese. Es preciso, dijo ella para sí, que todavía coja aquella violeta tan grande i tan azul que sale de enmedio de la yerba. Al tiempo de tomarla, una culebra se le abalanzó i enroscándose en uno de sus bracitos le dió una fuerte picada.

Llorando se volvió Emilia á su casa donde fueron tantos los remedios que le hicieron sus padres, que al fin se salvó una vida que estuvo próxima á perder, por no moderar sus deseos i por no hacer caso de los consejos del anciano labrador.

¡ Dichosos los niños que saben refrenar sus pasiones i se dejan guiar por los mayores para no exponerse á semejantes desgracias!

LECCION 8

La taréa.

Un día que Leopoldo fué á visitar á su amigo Jorje, lo encontró sentado delante de la mesa con semblante triste, i apoyada la cabeza sobre una de sus manos. ¿A que viene Ud.? dijo Jorje algo enfadado. He venido á ver á Ud.; pero ¿de que proviene ese mal humor? ¿Se halla Ud. indispuesto? ¿Es-

tán sus padres incómodos con Ud.? Alguna cosa desagradable debe haber sucedido.

Nada de eso, dijo Jorge; pero véa Ud. aquí: mi papá quiere que yo copie hoy un pasaje de este libro. Es mucha tarea. Hai que copiar toda una llana i la mitad de la siguiente. De este modo no le queda á uno tiempo para divertirse.

¿I esta es toda su afliccion? respondió Leopoldo; pues no hai cosa mas fácil de remediar. Vamos, aquí hai tinta, papel i plumas: créame i no se mueva de este sitio hasta concluir su tarea.

Si; pero es demasiado, contestó Jorge: mire Ud. página i media, vaya, es imposible, i diciendo esto prorrumpió en lágrimas.

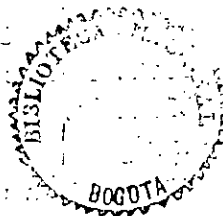
Amigo mío, le dijo Leopoldo, por lo mismo que hai mucho que hacer, debe principiarse pronto. Empiece Ud. que me voi á este rincon á leer hasta que

Ud. acabe. Vamos, ánimo, amigo mío.

El prudente Leopoldo se retiró: Jorge tomó la pluma, i dando un profundo suspiro se puso á escribir. Cuanto mas escribía tanto mas disminuía el número de renglones que tenía que copiar, i convencido de esto mismo, se animó mas i mas, hasta que al cabo de media hora llamó á su amigo, i le dijo: mire Ud. ya he concluido.

Por último, brincando de alegría le dió la mano á Leopoldo i las gracias por su buen consejo, i despues se divertieron los dos un buen rato, contentos de haber llenado su deber. Así con ánimo i buena voluntad se consiguen las cosas que parecen mas difíciles.

20



LECCION 9ª

La mentira.

El jóven Gabriel había contraído el mal hábito de decir mentiras, i particularmente cuando no sabía la leccion i se le llegaba el turno de darla á su maestro. Unas veces decía que su papá lo había tenido ocupado: otras, que le había dolido la cabeza: otras, que sus hermanitos le habían escondido el libro, i si este tenía mamarrachos i borrones siempre se disculpaba con que así lo había encontrado.

De este modo, engañó Gabriel por mucho tiempo á su maestro, que era demasiado crédulo; pero habiendo por fin descubierto la falta de su discípulo ya no le creyó una pábala de cuanto le decía. Así es que siempre que no sabía su leccion ó no acababa sus planas, lo castigaba sin miramiento alguno, porque no se podia dar crédito á sus palabras.

Sin embargo, algunas veces decía la verdad; pero de nada le servía, porque su maestro le replicaba: ¿Como puedo yo creer á Ud., cuando me ha engañado tantas veces? Si me lo dijese Enrique ó Federico, los creería al momento porque nunca me han engañado. Pero Ud. no dice nunca verdad: no hai remedio, es necesario que Ud. sufra la correccion que le he impuesto.

Aprendió al fin Gabriel, que la mentira se descubre tarde ó temprano, que el daño recae sobre aquel que la ha proferido, i que el que llega á tener fama de embustero no es creído aunque diga la verdad.

LECCION 10ª

El barrilete.

Julio i Ricardo, hijos del Sr. de Sansir, deseaban tener un barrilete, i le pidieron á su papá hilo, papel i cañas,



á lo que no solo condescendió, sino que aun les ayudó á hacerlo i se los pintó de colores. Por la tarde lo concluyeron, i lo pusieron á secar durante la noche.

Á la mañana siguiente les dijo el padre: hijos míos, aprended bien la leccion, i cuando la sepais iremos todos al campo para remontar el barrilete.

Apenas habían tomado sus libros cuando fueron donde su papá á recordarle la promesa, i viéndose este en la precision de salir á la calle, les mandó que estubiesen quietos en sus sillas, que no saliesen de casa hasta su vuelta, que entonces les cumpliría lo ofrecido. Pero tan pronto como se vieron solos, Ricardo propuso á Julio probar el barrilete, fué corriendo á buscarlo i se salió con él al campo.

Julio le siguió, mas luego que hubo dado algunos pasos se detubo, diciendo á su hermano: ambos somos mui locos: despues de tanto interes que pa-

pá se tomó ayer para darnos gusto, vamos á hacer lo que expresamente nos ha prohibido, i esto es mui mal hecho: yo no paso adelante. Has lo que quieras, replicó Ricardo; porque yo quiero divertirme un rato i luego volveré para acabar de aprender la leccion.

Ricardo llegó al campo, deslió la cuerda i empezó á remontar el barrilete. De repente oye la voz de un hombre, i creyendo que era su papá se pone á cobrar hilo á toda prisa: enrédasele en un árbol, súbese para safarlo i poniendo el pie sobre una rama se rompe esta i cae Ricardo al suelo descomponiéndose un pie.

Vuelve á su casa cojeando, con el barrilete hecho pedazos i luego que llegó ve á su papá que entraba de la calle.

¡Imajinaos cuan avergonzado se quedaría!

El Sr. de Sansir viendo que su falta había sido bien castigada no le dijo

nada, antes lo cuidó i lo tubo por cinco ó seis días en cama, donde Ricardo sufrió mucho i se arrepintió de su desobediencia.

LECCION 11:

El nido.

Un niño mui malo tenía la costumbre de buscar nidos en los árboles, i luego que los encontraba, cojía á los pajaritos que estropeaba hasta que los hacía morir ó si hallaba huevos los quebraba solo por-diversion. Su madre le decía muchas veces: ~~acuerdate de lo que~~ te digo. "Si tu no te enmiendas, Dios te castigará" Así le hablaba su buena madre; pero el pícaro del muchacho se reía de esta advertencia, i cada vez lo hacia peor.

Un domingo, en lugar de ir á misa, se marchó al bosque con el objeto de hacer nuevas crueldades, i habiendo re-

parado un nido grande en lo alto de una seiba mui elevada, subió sin detencion á ella, agarró uno de los pájaros i lo tiró con violencia al suelo; pero cuando iba á cojer el otro, llegaron el padre i la madre, que eran dos terribles gavilanes, i no pudiendo él defenderse por tenerse que sujetar de las ramas le sacaron los ojos á picotazos.

El que no quiere escuchar ni á Dios ni á los buenos consejos de sus padres, se expone á semejantes castigos.

LECCION 12:

La piedra.

Un niño hijo de padres muy ricos, estando riñendo con el hijo de un pobre jornalero, le tiró una piedra. El infeliz la recojió i se la guardó en la faltriquera, diciendo entre sí: ya vendrá día en que yo podré tirársela.

Los padres del rico, se vieron al ca-

bo de algun tiempo reducidos á la mendicidad, i el niño pasó un día todo sucio i lleno de remiendos por delante de la cabaña del pobre. Al momento fué este á buscar la piedra para tirársela; pero ya tenía el brazo levantado, cuando se detubo diciendo: yo conozco ahora mas que nunca que no debo vengarme; porque si nuestro enemigo es rico, la prudencia nos lo prohíbe, i si es desgraciado, sería obrar con demasiada crueldad, i en ambos casos la venganza es indigna de un hombre de bien i de un buen cristiano. Tiró, pues, al suelo la piedra, salió al encuentro del otro niño, le dió un abrazo i lo convidó á comer frutas en la puerta de la cabaña; de donde se separaron mui amigos, quedando el hijo del pobre mui contento de haber hecho una buena accion.



Una mañana descubrió Gregorio desde su ventana, una porcion de manzanas coloradas que estaban en el suelo del jardin de su vecino, á donde sin reflexion entró á gatas por una abertura que había en la cerca de su corral, i se llenó de ellas los bolsillos.

De repente el vecino se apareció en la puerta del jardin con un palo en la mano. Gregorio luego que lo vió hechó á correr; mas al tiempo de querer salir por el agujero que había entrado, se encontró sin poder pasar, por impedírselo el bulto de los bolsillos, que tenía llenos de manzanas. Allí lo cojió el vecino i lo obligó á devolverlas, sufriendo al mismo tiempo en sus espaldas el castigo merecido por su rapiña. Acuérdate le decía; cuando le estaba pegando, que el que toma lo ajeno, lleva con-

sigo su correspondiente castigo.

Esta leccion sirvió para que Gregorio no volviese á cojer ni aun en su casa la mas mínima cosita, aunque la viese tirada por el suelo.

LECCION 14^a

Las espigas.

Un labrador fué á visitar su sementera acompañado de su pequeño hijo Tomás, para ver si el grano de los trigos estaba ya en sazón de poderse recojer. Mire Ud. papá mío, le dijo el niño sin experiencia, las cañas que tienen su cabeza derecha i alta serán sin duda las mejores; i estas otras que se bajan doblándose casi hasta el suelo no valdrán nada ¿no es así papá?

El padre cojió algunas espigas i le contestó: mira, hijo mío, esta espiga que levantaba la cabeza tan altanera, está enteramente vacía; i esta otra que se

inclinaba con tanta modestia hacia la tierra, ya ves que está llena de los mas hermosos granos. Lo mismo sucede á los niños; pues el que tiene demasiado orgullo i soberbia, suele ser por lo regular falto de talento i de virtud.

LECCION 15

El pedazo de hierro.

Salía un buen hombre de la ^{segunda} para el campo llevando consigo á su hijo Antonio, al cual le dijo: ¿No ves allí en el suelo un pedazo de hierro? pues cójelo. ¿Para que? replicó Antonio, es hierro viejo, no vale para nada. El padre se agachó, lo cojió i lo puso en la faltriquera.

25 Mas adelante, entró á una tienda donde lo vendió por un cuartillo i este cuartillo lo empleó en cerezas. Nuestro Antonio que lo observó todo, no se atrevió á pedirle ninguna á su padre, por-

que bien vió que eran compradas con el valor del pedazo de hierro que él había despreciado.

Continuaban padre é hijo su camino, i ya el sol abrasaba, de manera que Antonio iba muerto de sed, mientras que su padre de cuando en cuando tomaba una cereza del racimo que llevaba en la mano. Ya Antonio no podía seguir del cansancio, cuando su padre dejó caer, como por casualidad una cereza, i luego otra, i así hasta que no quedó ninguna; pero no bien cayó al suelo la primera, cuando Antonio se agachó i la recojió con tanta ansia como si hubiese sido un tesoro i lo mismo fué haciendo con las demas.

Cuando cojió la última cereza, se volvió el padre hácia él sonriéndose i le dijo: ya ves que si hubieras querido bajarte una sola vez á tomar el pedazo de hierro, hubieras comprado cerezas i no hubieras tenido que agacharte tantas ve-

ces como las cerezas que se me han caido. Así le sucede á muchos, que por no tomarse un pequeño trabajo, sufren despues otros mucho mayores.

LECCION 16

El retrato.

Un rico comerciante que murió en Esmirna, dejó muchos bienes, i aunque tenía un hijo, se hallaba en viaje i nadie lo conocía en la ciudad.

Poco tiempo despues llegaron tres jóvenes, i cada uno de ellos pretendía ser el hijo único, i por consiguiente el heredero lejítimo. El juez mandó traer el retrato del difunto, que se le parecía en extremo. La herencia, les dijo, será de aquel que acierte con un tiro de pistola á veinte pasos de distancia, en esta señal que hago en el pecho del retrato,

El primero que tiró dió cerca de la

señal: el segundo le aproximó mas; pero apuntando el tercero, se puso á temblar pálido i derramando lágrimas. No, exclamó arrojando al suelo la pistola: no, yo no tiraré: antes mil veces prefiero perder la herencia.

Noble jóven, le dijo entonces el Magistrado, tu eres el verdadero hijo i legítimo heredero: los otros dos son unos impostores que inmediatamente serán castigados, pues aunque no seá sino en pintura, un hijo no debe traspasar el corazon de su padre.

El verdadero hijo fué puesto en posesion de la herencia, i los otros dos hubieran sufrido todo el rigor de la justicia, si no se hubiera empeñado el mismo jóven para que se les perdonase, á condicion de que no volverían á emplear la mentira por el deséo de hacerse ricos.



LECCION 17

La verdad.

El jóven Benjamin había oído decir muchas veces á su padre, que nunca debía negar las faltas que cometiese i que debía decir siempre la verdad. Benjamin, como buen niño, siguió siempre este consejo. Cuando venía de la calle i le preguntaban sus padres ¿donde has estado? ¿que has hecho? les contaba menudamente las partes donde había estado, las personas que había visitado, i las diversiones que había tenido, i si rompía alguna cosa, aunque nadie lo hubiese visto, lo confesaba inmediatamente, antes que se hechase la culpa á los criados.

Sucedió pues en la escuela, que uno de sus compañeros, muchacho mui perverso, cojió dos estampas que estaban destinadas para premios del que mejor supiese la leccion, Hace traer el maes-



tro todas las carteras i los libros, i al abrir Benjamin los suyos, caen en el suelo las estampas.

El pobre muchacho se quedó admirado; pero no se cortó, las levantó del suelo i se las entregó al maestro, el cual le dijo: ¿es Ud. quien me quitó las estampas? No señor, respondió Benjamin, i yo no sé como es que se encuentran en mis libros.

El maestro en tales circunstancias hubiera castigado á cualquier otro; pero como estaba cierto de que Benjamin nunca mentía, le dijo: no hijo mío, Ud. no és; porque hubiera confesado la verdad: estoi seguro que algun otro las habrá metido en sus libros. Entonces se presentaron muchos que dijeron el que había sido, el mismo no tuvo otro remedio que confesarlo, i fué severamente corregido.

Benjamin, que vió triunfar su inocencia, al volver á su casa corrió á abra-

zar á su papá, i le dijo: cuan agradecido debo estar á Ud. querido papá: si Ud. no me hubiese enseñado á decir la verdad, hubiera sido hoy castigado por una falta que no he cometido.

LECCION 18

El buen uso del dinero.

El Sr. Bertran vivía en el campo sus tres hijos para pasar allí el verano, i queriendo experimentar el uso que hacían del dinero, les dió á cada uno seis pesos con la sola condicion de que al cabo de una semana le dijese en que lo habían invertido.

Llegado el tiempo de rendir cuentas, el mayor, que se llamaba Manuel, le manifestó á su papá el dinero completo, diciendo: ¿ya vé Ud. que soi mui económico? Demasiado, respondió el Sr. Bertran, ¿i tu Luisito que has hecho de tus seis pesos? preguntó al segun-

do. Yo, papá, me he divertido mucho: los hice cambiar en cuartillos, i un domingo en que había bastantes muchachos reunidos en la plaza, se me ocurrió tirárselos todos. ¿Si Ud. hubiera visto como peleaban por cojerlos del suelo? pero ¿i cuando llegaron sus padres i los vieron con sus vestiditos sucios? En verdad que les hecharon un buen regaño.

El señor Bertran meneó la cabeza, i preguntó á Julio que era el menor, lo que había hecho de su dinero. Julio se puso colorado i confesó que su dinero lo había gastado de este modo: dos pesos que le había dado á la mujer de un pobre albañil, que se había estropeado cayendo de un tejado; un peso en comprar un lindo sombrerito, doce reales para que la criada comprase una palangana que había roto i no sufriese ninguna reconvencion, i le presentó á su papá los doce reales que le habían so-

brado. Yo no sé si he obrado bien, le dijo; pero como Ud. me permitió gastarlos en lo que quisiera. Basta, dijo el Sr. Bertran, estrechándolo entre sus brazos: tu eres un buen niño i el único que ha empleado bien su dinero. De aquí en adelante no te pediré cuenta. Tú Manuel, entrega el bolsillo á Julio pues de nada te sirve, i tú Luis que eres un atolondrado, haciendo mal uso del dinero, que es peor que no emplearlo, si alguna vez te doi algo, quiero que antes de gastarlo lo consultes con Julio i sigas sus consejos.

De este modo aprendieron los niños que la codicia es tan reprehensible como la prodigalidad, i que el dinero se debe emplear en cosas útiles i en el socorro de nuestros prójimos.

29



LECCION 19:

El hallazgo.

Paseándose Emiliano por la tarde en las cercanías de Dublin, reparó en el suelo una bolsa de seda que al parecer estaba llena de dinero. Estuvo largo tiempo pensando si la tomaría, hasta que por fin viendo que nadie llegaba por aquel lugar, resolvió llevársela i sin haberla abierto por el camino, la entregó á su mamá contándole lo que le había sucedido. Su madre, aunque estaba muy pobre i enferma tampoco la abrió, siempre con la esperanza de que pareciese su dueño para devolvérsela. Un día que no tenían que comer, salió el niño á pedir una limosna, i acercándose á un caballero que pasaba por allí, le dijo: ¿me dá Ud. algo con que socorrer á mi pobre mamá, que no puede trabajar porque está en cama? Si te diera, hijo mío; si

no hubiera perdido toda mi fortuna en una bolsa llena de dinero i de billetes de banco.

Puede ser que mi mamá sepa de ella dijo Emiliano, i así Ud. haría bien en venir conmigo.

El caballero, siguió al niño aunque dudando de lo que le decía, i mucho mas cuando llegó á la casita, i observó la miseria que reinaba en ella. En fin, habiendo dado las señas de la bolsa i de cuanto se hallaba dentro, la madre de Emiliano se la entregó, no quedándole duda de que era su verdadero dueño.

Ayer era yo pobre, dijo el caballero, i si no fuera por el juicio de este niño i por el buen corazón de Ud. todavía hoy lo sería. Uds. se han expuesto á perecer de necesidad antes de tocar lo que no era suyo. Pues bien, yo no tengo hijos, tu lo serás desde hoy querido Emiliano, i Ud. señora, cui-

dando de mí i de él, gozará en adelante de las comodidades que merece por su honradez á toda prueba.

Así premia Dios á los que cumplen sus preceptos, i prefieren la virtud á los mayores tesoros.

LECCION 20^a

La obediencia.

Augusto, cuando era mui niño, tubo la desgracia de perder á su papá que murió de una caída de caballo, i el pobrecito lloraba día i noche; porque no podía volverlo á ver.

Un tío suyo le propuso llevárselo al campo para que se distrajera con sus primos, i cuando todó estaba dispuesto para el viaje, su mamá abrazándolo i derramando lágrimas le dijo: hijo mío, ya sabes de lo que murió tu papá: yo sé que tu tienes mucho juicio; pero te encargó que no te expongas jamas al

peligro de montar á caballo ni en carruaje si no te acompaña alguna persona de toda confianza que sepa ver por tí.

Descuide Ud. mamá, que yo le prometo que nada en el mundo me hará desobedecer esta orden, ni las demas que Ud. quiera darme, i diciendo esto la abrazó, la besó i se despidió de ella. Llegó por fin á la casa de campo de su tío, en la cual fué mui bien recibido de los primos que procuraban distraerlo de su pena, con todos los entretenimientos imaginables.

Algunos días despues, Alejandro, que era el mayor, estando su papá ausente, le propuso á Augusto que lo acompañase á paséar en el birlocho. Al principio convino este; pero acordándose luego de lo que su mamá le había encargado, buscó á Alejandro i le dijo: querido primo, te agradezco tu cariño, pero no puedo acompañarte. ¿Porqué?

31

BOGOTA

42
replicó Alejandro. Porque me he acordado de que mi mamá me previno que yo no entrara en ningún carruaje, sin que hubiese alguna persona conmigo de toda confianza.

¡ Bien ¿ que soy yo? dijo Alejandro algo picado ¿ soy acaso algún niño como tu? No, replicó Augusto; pero estoy cierto de que si mi mamá estuviese aquí, no me dejaría ir solo contigo en el birlocho. Bien, pero como no está... Es lo mismo que si estuviese dijo Augusto, porque se lo he prometido i debo cumplirlo.

Alejandro se fué á pasear en el birlocho sin atreverse á porfiar mas con su primo, i este se quedó divirtiendo en el jardín mui contento de haber obedecido á su mamá; pero cuando estaba cogiendo unas flores, llega la criada i le dice que Alejandro se había caído del birlocho. Corre á encontrarlo i vé que lo traían moribundo: venía con la cabe-

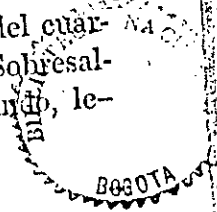
43
za abierta i todo el cuerpo tan estropeado, que murió al cabo de una hora.
Augusto, entre tanto que lloraba la muerte de su primo, no pudo menos que reflexionar que se había salvado por su obediencia.

LECCION 21ª

El perrito.

Pascándose Juanita por la orilla de un río, encontró una cuadrilla de muchachos que iban á ahogar un perrito, i compadecida del pobre animal, se los compró i se lo llevó á su casa. El perrito, á quien puso por nombre Afortunado, tomó pronto cariño á su nueva dueña, i no la dejaba un instante. Una tarde que Juanita iba á acostarse á dormir la siesta, principió á ladrar Afortunado corriendo al rededor del cuarto i mirando hácia la cama. Sobresaltada Juanita se acerca temblando, le-

32



vanta la colcha, i vé tendido á un hombre de semblante horrible. Pide socorro, i á sus gritos i á los ladridos de Afortunado, acuden las jentes de la casa, que aseguraron al ladron, i lo presentaron á la justicia.

Puesto en confesion declaró aquel hombre, que su intencion era matar á la señorita cuando estubiese dormida, i robar el dinero que hubiese en la casa.

Juanita dió gracias á Dios, por haberse salvado tan felizmente, i dijo: !quien se hubiera imaginado que el pobrecito perro, al cual salvé yo la vida, había de salvar la mía en esta ocasion! Pero su mamá le replicó: hija-mía, has de saber que una buena accion nunca queda sin recompensa. Sé humana i cariñosa hasta con los animales, i el cielo te asistirá siempre.



LECCION 22^a

El consejo.

Con ojos encendidos i llorosos estaba sentado un día el joven Emilio en la sala de su casa, cuando entró su tío, i le preguntó cual era la causa de su pena. Soi mui desgraciado, respondió Emilio, no me dejan nunca en paz, i mi maestro siempre me riñe: unas veces por no tener bien arreglados mis libros; otras por entrar con el sombrero puesto; algunas veces porque no quiere que hable con los otros niños; i hasta ahora no me ha dejado venir, porque no sabía bien la leccion.

Mi querido Emilio, respondió el tío, todas estas cosas son bien desagradables; pero si quieres, puedo darte un excelente remedio.

Será decirle á papá que me quite de esa escuela. ¿No es verdad? Nada menos que eso: voi á decirte, escucha-

33

BOGOTA

me. Tu me has dicho que las continuas reconvenciones de tu maestro provienen del poco cuidado que tienes con tus libros; de que al entrar no te quitas el sombrero; de que hablas en la escuela con los otros niños; i por último, de que no siempre sabes tus lecciones. Pues bien, hijo mío: pon tus libros en orden: no entres sin quitarte el sombrero: no hables con ninguno; i estudia tus lecciones hasta que las aprendas bien. Yo respondo de que si esto haces, no te reñirá tu maestro; porque si á tí te disgusta el ser reprendido, mas desagradable es para él, tener que corregir sin cesar á un niño terco i obstinado en cometer las mismas faltas.

Emilio conoció la justicia de estos argumentos, i resolvió seguir el buen consejo de su tío. Su primer cuidado fué dar gusto á su maestro: así es, que en lugar de las reprensiones que antes recibía, no experimentó sino cariños i pre-

mios por su conducta i aplicacion, i su tío no volvió á encontrarlo en la sala suspirando ni derramando lágrimas; sino estudiando, ó jugando cuando ya sabía sus lecciones.

LECCION 2^a

La irreflexion.

Era Domingo un niño mui travieso, i sus padres no podían sujetarlo de ningún modo. Sobre todo tenía la mala costumbre de exponerse á cualquier peligro sin pensar en lo que podía sobrevenirle. Se preciaba de atrevido i se burlaba de los otros niños que no querían acompañarlo en sus locuras.

Bañándose un día en la orilla del mar, con otros varios, se le ocurrió tomar la barquilla de un pescador i dar un paseo en ella. No tardó mas en pensar lo que en hacerlo. Izó la vela, se puso á navegar mar á fuera, i cuando se ale-

jaba les decía á los otros muchachos que no le habían querido seguir: á dios, á dios, señores, cobardes; pero en esto se iba alejando tanto, que ya le pareció necesario volver el rumbo hácia la tierra. Quiere hacerlo, mas el viento le era contrario, i como al hecharse á la mar no había embarcado remos ni canoletes, la corriente i el viento lo separaron tanto de la playa, que ya la iba perdiendo de vista. En semejante apuro se tiró al agua, confiado en que sabía nadar; pero estaba tan lejos, que al fin le saltaron las fuerzas i se ahogó mucho antes de que pudiese llegar á tierra.

Los otros niños que lo habían estado observando todo, avisaron á unos marineros que fueran á buscarlo con un bote; pero soló lograron recojer el cadáver del desgraciado Domingo que pagó bien cara su irreflexion.

Esto hizo conocer á los demas que

vale mas ser prudentes aunque los llamen cobardes, que temerarios aunque los tengan por guapos.

LECCION 24^a

El pan i los niños.

En tiempo de escasez, un hombre rico hizo reunir en su casa á los niños mas pobres de su pueblo. Ya veis, les decía, este canasto lleno de panes, pues cada uno coja el suyo, i todos los días habrá lo mismo hasta que Dios quiera que venga un tiempo mas dichoso.

Los niños se precipitaron sobre el canasto, i disputaron acerca de quien tenía el mejor pan: al fin se marcharon sin dar las gracias á su bienhechor. Solo una niña llamada Elisa, cuyos vestidos aunque pobres, estaban bastante limpios, se quedó esperando á que acabaran de tomar todos, i despues tomó ella el pedazo mas pequeño que dejaron. Lue-

go besó las manos al rico en señal de gratitud, i se volvió pausadamente á su casa.

Al siguiente día los muchachos no se mostraron mas discretos, i á la pobre Elisa le dejaron un pan que era la mitad mas chico que el de los otros; pero cual fué la sorpresa de su madre, que estaba enferma, cuando al abrirlo vió caer varias monedas de oro! Anda Elisa, le dijo á la niña, vuelve ese dinero inmediatamente á su dueño; porque sin duda lo ha dejado por inadvertencia en ese pan.

Elisa obedeció; pero el caballero no quiso tomar el dinero, diciéndole: no es por inadvertencia, que yo hice poner las monedas en ese pan, sino para recompensar tu moderacion.

El que prefiere tomar el pedazo de pan mas pequeño antes de disputar por el mas grande, conservándose en paz con los demas, hace la felicidad de su familia, i Dios lo colmará de beneficios.

El hablador.

Era Mauricio un niño que nada sabía callar. En su casa contaba cuanto oía decir por la calle, i en la calle cuanto veía que pasaba en su casa.

Esta costumbre se la había reprendido varias veces su maestro; porque le había oído hablar en la escuela de cosas que no tenían para que saberlas los otros niños; pero Mauricio no se enmendaba i su boca, como dicen, no le paraba un instante.

Sucedió, pues, que su padre, no pensando en lo que podría suceder, se puso á contar todo el dinero que tenía en presencia de Mauricio, i lo guardó en una cajita. No fué menester mas para que nuestro habladorcito encontrase materia para su eterna conversacion, porque á cuanto muchacho encontraba por la calle, sin venir al caso le decía: mi-

ra, yo soi mui rico, mi papá tiene dos talegos de onzas i dos de pesos fuertes: mira, el otro día le ayudé á contarlos i los guardó en una caja que está en el cuarto junto al suyo; pero la llave siempre la guarda debajo de la almohada; i por aquí siguió hablando muchas cosas mas de las interioridades de su casa. Un pícaro que estaba por allí oyéndolo todó con mucha atencion, se aprovechó de las señas que el niño daba, i por la noche se introdujo en la casa, fué hasta la cama de su papá, buscó la llave, i como sabía donde estaba la caja, se llevó todo el dinero.

El padre que encontró por la mañana la caja abierta, se llenó de tristeza, de cuyas resultas se enfermó, i no pudiendo trabajar, se vió sumerjido en la mayor miseria. Al poco tiempo, ya no tubo medios de proporcionarle á Mauricio todas las comodidades á que estaba acostumbrado; ni con que comprar-

le zapatos, ni para darle educacion; de modo que por hablador, causó la desgracia de su familia i la suya propia.

Dichosos los niños que saben moderar su lengua, para no hablar sino lo necesario.

LECCION 26^a

El niño laborioso.

Habiendo quedado huérfano el joven Ernesto á la edad de trece años, conoció la necesidad de trabajar para mantenerse, i se aplicó al oficio de carpintero. Al principio solo le daban la comida, mientras se perfeccionaba en el arte; pero al cabo de dos años ya era tan buen oficial, que su maestro le encargaba las obras mas primorosas.

Dedicó sus primeros ahorros á la construccion de una decente sepultura adonde hizo poner los restos de sus padres; i todos los años pagaba algunas misas

en sufragio de sus almas, i hacía algunas buenas obras en su memoria.

Tenía por regla, gastar menos de lo que ganaba, de modo que siempre guardaba algo, i esto con el tiempo llegó a hacerlo dueño de un capital.

La educacion de Ernesto era mui buena, i esto junto con su aficion al trabajo, lo hicieron tan apreciable en la sociedad, que las personas mas principales tenían mucho gusto en tratar con él i en recibirlo en sus casas.

Cuando ya era grandecito, no faltaron algunos parientes que lo indujesen a que dejara el oficio; pero Ernesto les contestó: cuando mis padres murieron, no tube parientes que me recojiesen i continuasen mi educacion. Dios quiso que yo tomase la resolucion de aprender un oficio, i estoi tan contento de ello, que si llegase a poseer mucha fortuna nunca lo abandonaría. Quizas, si Uds. hubiesen cuidado de mi educacion,

no tendría hoy el placer de poseer un modo de vivir que me proporciona salud, tranquilidad de espíritu i lo necesario para poderme establecer comodamente.

Todo niño debería aprender un oficio mecánico, cualquiera que sea la fortuna de sus padres, como el mejor recurso para el caso de una desgracia.

LECCION 27.

Los dos viajeros.

Mauricio i Lorenzo viajaban juntos, el primero reparó en el camino un taleguito lleno de dinero, i al momento lo cojió. Amigo, dijo Lorenzo, yo espero que si no parece el dueño de esta bolsa me darás la mitad de lo que hai en ella, como buenos compañeros. De ningún modo, dijo Mauricio; yo soi el que la he encontrado, i a mi solo me corresponde. Con esto se guardó la bolsa

riéndose de Lorenzo, que continuó muy triste por el camino.

De repente se aparece un ladrón con su escopeta, i les grita; alto ahí, caballeros, entreguen Uds. lo que tengan en sus bolsillos. Mauricio se puso pálido; pero cobrando ánimo le dice á Lorenzo: amigo, es un hombre solo: defendámonos: saca tu espada como yo. Me guardaré bien, dijo Lorenzo, porque el ladrón nada me puede quitar. Tú que has guardado el dinero para tí solo, defiéndete también solo, i diciendo esto puso su espada en el suelo i le enseñó al ladrón sus bolsillos que estaban vacíos. El ladrón se dirigió á Mauricio, á quien después de quitarle la bolsa, le dió unos cuantos golpes con la culata de la escopeta.

El que quiere que sus prójimos lo asistan en la desgracia, debe serles útil en la prosperidad.

LECCION 28

Las naranjas.

Mientras Juanito seguía los consejos de su padre, era un modelo de aplicación i de virtud; pero habiéndose aficionado poco á poco á la amistad de algunos niños perezosos, desaplicados i faltos de respeto, pronto empezó á conocerse en él la mudanza de costumbres. Ya le fastidiaba el estudio, ya no le gustaba estar al lado de su familia, i no tenía para con sus superiores aquel respeto, ni para con sus iguales é inferiores aquella amabilidad que antes solía.

Deseando el padre de Juanito, cortar de raíz el mal, se determinó á ensayar con su hijo los resortes de la persuacion, i á emplear, si esto no bastase, todo el rigor necesario, á fin de apartar al niño de los amigos que lo corrompían.

Regaló un día á Juanito una hermosa naranja, i al mismo tiempo otras dos.

que ya estaban dañadas, i le recomendó que las pusiese juntas, para ver si se ponían todas buenas. Eso es imposible, papá, exclamó Juanito, i Ud. verá como lo que resulta es podrirse la que ahora está sana. Pues lo mismo sucederá, hijo mío, le dijo el padre, si yo permito que tú continúes en la amistad de los malos niños que han empujado á pervertir tu corazón. Ellos no se enmendarán; pero tú te corromperás, i yo sería responsable ante Dios si lo permitiese. Aparta, hijo mío, tu amistad de esos jóvenes, i ponla en aquellos que se distinguen por su juicio, por su piedad i por su aplicación. Así harás la felicidad de tus padres i la tuya propia.

No fué menester mas para que Juanito, convencido por la fuerza del ejemplo, i por las razones de su padre, se enmendase, i haciendo en lo sucesivo mejor elección de amigos, fuese tan bueno como antes.

Los siete bastones.

Un aldeano tenía siete hijos que hallaban en una discordia continua, i perdían en disputar el tiempo que necesitaban para dedicarse al trabajo.

Estando el padre próximo á la muerte, i conociendo que si continuaban de este modo, pronto vendrían á quedar pobres, hizo llevar á su casa un mazo de siete bastones fuertemente atados. Al que de vosotros lograre romper este mazo, les dijo, yo le dejaré la mejor parte de mis bienes.

Los hijos, despues de haber hecho los mayores esfuerzos para conseguirlo, convinieron en que esto era imposible. El padre entonces los desató, i los rompió uno por uno sin mucho trabajo. De ese modo, dijeron ellos, la cosa es bien fácil.

Mis queridos hijos, les contestó entonces el anciano; cuando estabais uni-

dos, i os sosteniais mutuamente, la felicidad de nuestra familia era tan difícil de destruir como os fue imposible romper el mazo de los bastones. Pero desde que la buena intelijencia entre vosotros ha cesado, os ha sucedido lo mismo que á estos bastones, que estan en el suelo hechos pedazos. Conoced, pues, que la union i la armonia debe reinar en una familia, porque de otro modo su ruina es mui fácil.

Convencidos los hijos de la fuerza del ejemplo, se pusieron en paz, i desde entonces gozaron de la felicidad que trae consigo la buena intelijencia, ayudándose mutuamente i honrando de este modo la memoria de su buen padre, que murió tranquilo con el consuelo de ver restablecida la paz de su familia.



LECCION 30

LA LUCIERNAGA.

PARTE 1ª

La tribulacion.

Una pobre viuda llamada María, sentada por la tarde en la ventana, dirijía sus miradas pensativas por el hermoso huerto que rodeaba su casa, mientras que su hijo Fernando, de edad entonces de siete años, que estaba á su lado, manifestaba en la serenidad de su semblante el candor propio de su inocente alma.

Esta pobre mujer habia perdido á su marido, despues que á fuerza de trabajo i economía, habia comprado aquella casa i huerto, en el que plantó varios árboles que ya producian sabrosos frutos,

Habiendo muerto el dueño de las tierras, se presentó el heredero pidiendo que le presentaran el documento de propiedad de la finca, ó los recibos donde constase su venta, i amenazando que de no hacerlo, citaría á María ante la justicia para que desocupase la casa i todas sus pertenencias.

No bastaron las lágrimas de la infeliz viuda, que aseguraba haber sastifecho su marido el valor de la casa i huerto, parte en trabajo i parte en dinero. Se postró á los pies del heredero con su hijo Fernando en los brazos. Todo fué inútil. María recibió orden de abandonar su casa, i debía ser aquella noche, la última que permaneciese en ella.

¡Será posible, decía, que mañana esta habitacion sea de otro, i que mi pobre hijo i yo no sepamos donde guarecernos! Será posible que estas ciruelas i estas manzanas, fruto del esmero con que su padre cultivó los árboles, que

las han producido, sean las últimas que disfrute mi pobre Fernando! Diciendo esto, se le arrasaron los ojos en lágrimas.

PARTE 2ª

La confianza en Dios.

Fernandito, que hasta entonces había estado llorando en silencio, abrazó á su madre, i le dijo: no se aflija Ud. mamá. Tengámos presentes las expresiones de mi papá, cuando estaba tan malo en la cama, poco antes de morir. Dios, decía, es el protector de las viudas i el padre de los huérfanos. Rogadle en todas vuestras necesidades i él cuidará de vosotros. Así decía papá. ¿no es verdad? Sí, hijo mío, replicó la madre, algo consolada. ¿Pues porqué se aflige Ud. tanto? Roguémos á Dios, mamá, i él nos socorrerá.

42 Cuando yo estaba con mi papá en el bosque á donde iba á cortar leña, año-

dió Fernandito, si me sucedía alguna desgracia, si tenía hambre ó me clavaba alguna espina, yo no lloraba mucho, sino me acercaba á él, que inmediatamente me daba pan ó me curaba si me había herido. Pues bien, Dios es bondadoso i tierno como un padre, i no hará con nosotros lo que ese hombre rico, que nos hechó de su casa cuando nos pusimos de rodillas delante de él. Vamos, mamá, vamos á implorar la clemencia de Dios, i nos auxiliará.

Tienes razon, hijo mío, dijo la madre vertiendo lágrimas, i estrechándolo entre sus brazos. Vamos, i juntando las manos, dirigió sus miradas al cielo. Á su ejemplo hizo lo mismo Fernandito, repitiendo esta oracion que dirigió su madre al Todopoderoso: ¡Padre de bondad i de misericordia! ¡Escuchad los ruegos de una infeliz viuda i de un desgraciado huérfano! ¡Nos hallamos en un gran conflicto, i vos solo podéis asistirnos en

él! ¡No permitais, Dios mío, que se nos despoje con injusticia de esta casa, adquirida con el trabajo de mi marido! ¡Pero si vuestro designio es que suframos esta prueba de resignacion, dadnos fuerzas para soportarla!

La conmocion de María fué tanta que no la dejó continuar, i solo le permitía mirar al cielo, con un aspecto lleno de dolor i de esperanza.

PARTE 3ª

La recompensa.

Fernandito, que estaba de rodillas, i aun tenía sus manos juntas en ademán de suplicar, exclamó de improviso: ¡mamá, mamá!..... ¿Que es esa lucecita tan brillante que se acerca á la ventana? Es como una estrella del cielo ¿que será, mamá?

Es una luciérnaga, hijo mío, contestó María. De día no brilla; pero en la

obscuridad ya ves que luz arroja tan hermosa. Es una de las muchas maravillas del Criador. ¿I no quema, mamá? replicó Fernandito. No hijo, bien la puedes cojer, le dijo María, sonriéndose de la sencillez i pueril alegría de su hijo.

Pues bien, voi a cojerla; pero si se ha metido detrás de este armario. Mi brazo no alcanza. Mamá, mamá, separe Ud. el armario para que yo pueda cojerla. Por Dios mamá, mire Ud. que se me vá. María se levantó, i haciendo lo que su hijo le pedía, cojió Fernandito la luciérnaga, i lleno de alegría, la examinaba con la mayor atencion.

Entre tanto María estaba ocupada en otro asunto. Cuando movió el armario, oyó caer una cosa que estaba suspendida entre él, i la pared: se bajó para cojerla, i dando un grito exclamó: ¡Oh Dios mío! habeis venido a nuestro socorro.

¿Que es eso mamá? le dijo Fernandito. Aquí están, hijo mío, los papeles de tu buen padre, que por tanto tiempo no he podido encontrar.

I yo he sido la causa de ello, ¿no es verdad mamá? dijo el niño, i María lo abrazó tiernamente, prorrumpiendo en un llanto causado por el gozo, i continuó: si hijo mío, Dios ha oído tus inocentes ruegos i se ha valido de esta luciérnaga, como para alumbrarnos i enseñarnos donde se hallaban estos interesantes papeles.

Al otro día temprano, se puso en camino para ver al heredero del anterior dueño de la finca, i le manifestó un papel de su antecesor que decía: el día de San Martín he arreglado cuentas con Manuel, i de la casa i huerto que le he vendido, solo me resta cincuenta pesos.

Señora, dijo el caballero, a quien ella contó lo acaecido, la mano de Dios ha obrado en este negocio evitándome de

cometer una accion infamé. Perdonadme, os ruego, lo que inmerecidamente os he aflijido, como yo os perdono los cincuenta pesos que se me deben i; ojalá pueda borrar así una parte de mi error! Bien véo que aquel que pone la confianza en Dios, no es jamas confundido, i que esta confianza, quando está fundada en la virtud, es mucho mas preciosa que todos los tesoros del mundo.



FIN.

INDICE.
DE LAS LECCIONES.

1 ^ª	<i>La educacion.</i>	—	—	—	5
2 ^ª	<i>El buen padre.</i>	—	—	—	7
3 ^ª	<i>El buen hijo.</i>	—	—	—	9
4 ^ª	<i>Los budines.</i>	—	—	—	11
5 ^ª	<i>La mosca.</i>	—	—	—	13
6 ^ª	<i>La cartera.</i>	—	—	—	14
7 ^ª	<i>Las flores.</i>	—	—	—	16
8 ^ª	<i>La taréa.</i>	—	—	—	17
9 ^ª	<i>La mentira.</i>	—	—	—	20
10 ^ª	<i>El barrilete.</i>	—	—	—	21
11 ^ª	<i>El nido.</i>	—	—	—	24
12 ^ª	<i>La piedra.</i>	—	—	—	25
13 ^ª	<i>Las manzanas.</i>	—	—	—	27
14 ^ª	<i>Las espigas.</i>	—	—	—	28
15 ^ª	<i>El pedazo de hierro.</i>	—	—	—	29
16 ^ª	<i>El retrato.</i>	—	—	—	31
17 ^ª	<i>La verdad.</i>	—	—	—	33
18 ^ª	<i>El buen uso del dinero.</i>	—	—	—	35
19 ^ª	<i>El hallazgo.</i>	—	—	—	38
20 ^ª	<i>La obediencia.</i>	—	—	—	40

21 ^o	<i>El perrito.</i>	—	—	PÁJ.	43
22 ^o	<i>El consejo.</i>	—	—		45
23 ^o	<i>La irreflexion.</i>	—	—		47
24 ^o	<i>El pan i los niños.</i>	—	—		49
25 ^o	<i>El hablador.</i>	—	—		51
26 ^o	<i>El niño laborioso.</i>	—	—		53
27 ^o	<i>Los dos viajeros.</i>	—	—		55
28 ^o	<i>Las naranjas.</i>	—	—		57
29 ^o	<i>Los siete bastones.</i>	—	—		59
30 ^o	<i>La luciérnaga.</i>	—	—		61

31 01-26

12

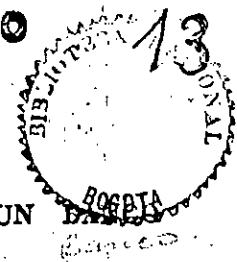
PROSPECTO

PARA EL

ESTABLECIMIENTO DE UN

EN LA

NUEVA GRANADA.



46

Imp. de N. Lora.—1839.